

# Minas de Corrales: la construcción identitaria desde la narrativa oral

**Fernando Acevedo (Uruguay)**

[face@adinet.com.uy](mailto:face@adinet.com.uy)

Lic. en Ciencias Antropológicas, Arquitecto

Comisión de Patrimonio de Rivera

Doc. Facultad de Arquitectura, Universidad de la República

*El concepto de patrimonio cultural intangible engloba los aspectos más importantes de la cultura viva y de la tradición. Sus manifestaciones son amplias y diversas, ya se refieran a la lengua, las tradiciones orales, el saber tradicional, la creación de cultura material, los sistemas de valores o las artes interpretativas. El patrimonio intangible, junto al tangible, permite consolidar la creatividad, la diversidad y la identidad cultural.*

Noriko Aikawa<sup>1</sup>

*Sólo una cosa no hay, es el olvido*, decía Borges. Hermosa verdad poética, aún para quienes hayamos decidido, con mayor o menor éxito, olvidar ciertas cosas. Y ahí, en eso que no hay, se cuele la memoria, hermana incestuosa de la identidad.

La identidad individual y la identidad colectiva son edificios siempre en obra, nobles construcciones que no conocen de huelgas ni se ajustan a fórmulas paramétricas. Edificios distintos, uno que es, inevitablemente, construcción de subjetividad con la memoria individual como cemento, otro que es, también inevitablemente, construcción de inter-subjetividad con la memoria colectiva como cimientto.

No vamos a ocuparnos aquí de establecer cuáles son las características de ese cimientto *mnémico* que permiten sustentar el edificio de la identidad –tarea colosal que escapa a nuestras posibilidades–, sino de reflexionar tangencialmente en torno al modo en que la narrativa oral, escurriéndose por su estructura sustentante, contribuye a configurar la construcción de identidades locales.

La narrativa oral es un bien cultural que opera más allá del factor de escala: bástenos pensar en el caso de nuestro país, que a pesar de su reducido tamaño relativo y de su –aparentemente– corto devenir histórico, es muy rico en tradiciones culturales locales. En efecto, a las visiones seculares propias de un discurso historiográfico de pretensión hegemónica, deben oponerse

---

<sup>1</sup> Noriko Aikawa es el actual Director del Departamento de Patrimonio Intangible de la UNESCO. El texto fue tomado de “Patrimonio cultural intangible: nuevos planteamientos respecto a su salvaguardia”, [www.unesco.org](http://www.unesco.org), mayo 2004.

otras que, más fieles a nuestra realidad histórica, reconozcan en su verdadera magnitud la singular importancia del legado cultural aportado por aborígenes, inmigrantes y criollos, así como de aquel dimanante de las múltiples hibridaciones y sincretismos culturales producidos durante los últimos tres siglos.

Hoy tengo el privilegio de estar desarrollando una investigación antropológica en un pequeño poblado de nuestro país que esconde, entre los pliegues de su singular paisaje humano, un intrincado mundo de tradiciones e hibridaciones culturales, mundo que se despliega seductoramente a través de una polifónica narrativa oral.

Es desde esta perspectiva que Minas de Corrales se nos presenta como lugar de significativos valores patrimoniales (tanto tangibles como intangibles) cuya identificación, rescate, preservación y promoción resultan cada vez más imperiosos. Más aún: tales actividades se vuelven absolutamente perentorias, en tanto en la actualidad no existe cabal conciencia de la relevancia y magnitud de aquellos valores.

Minas de Corrales es un poblado habitado por algo más de 3.000 personas, enclavado en un hermoso paisaje de serranías en el centro del departamento de Rivera, a unos 110 kilómetros de la capital departamental. Otra vez la inoperancia del factor de escala: a pesar de su reducido volumen poblacional, de una existencia temporal inferior al siglo y medio y de su muy débil presencia en el imaginario colectivo nacional, esta localidad contiene una estimable y muy singular riqueza de tradiciones y expresiones culturales

Tal como lo sugiere su nombre, Minas de Corrales surgió como centro poblado para el afincamiento de la mano de obra reclutada por la primera empresa minera establecida en el país ("*Minas de Oro de Cuñapirí*", fundada en el año 1868). El accionar de los primeros 24 pisonos instalados para el procesamiento de los minerales extraídos en la zona requería energía eléctrica y una línea férrea de trocha angosta que conectara la mina (en el paraje "*Santa Ernestina*") con la planta de laboreo (en el paraje conocido como "*Cuñapirí*"). La propia empresa minera construyó, entonces, la primera usina hidroeléctrica del país (abandonada hace mucho tiempo y hoy, lamentablemente, en estado ruinoso), que quedó funcionando en el año 1881. Asimismo, la necesidad de mano de obra calificada para trabajar en la floreciente industria, así como la atracción que provocaba la posibilidad de un rápido enriquecimiento económico, condujeron a que llegaran a la región, con su patrimonio cultural a cuestas, numerosos inmigrantes europeos (principalmente, aunque no exclusivamente, ingleses y franceses). Es por ello que ya desde sus orígenes la población local configuraba una suerte de singular crisol cultural.

Desde aquel lejano 1868, entonces, a lo largo de su devenir histórico Minas de Corrales ha estado sometido a un riquísimo intercambio cultural y también a los vaivenes de la explotación aurífera, la cual en los últimos años se ha visto revitalizada como consecuencia de la detección de nuevos yacimientos. (En efecto, en la actualidad cerca de la mitad de su población económicamente activa trabaja —directa o indirectamente— en la industria minera afincada a unos pocos kilómetros del poblado).

Tales circunstancias han tenido su reflejo en los procesos de construcción identitaria local, así como en la naturaleza y características de las manifestaciones culturales existentes en Minas de Corrales. Minas de oro que también fueron, de variados modos, minas de cultura, en tanto operaron como catalizadores de la convivencia de una población heteróclita y variopinta, de una villa con una morfogénesis única en el país, y entonces una peculiar dinámica de vida, fermento y caldo de cultivo para la emergencia de expresiones culturales singulares.

Singularidad urbana y cultural que no sólo está en los discursos, pero que también está en los discursos: existe una abundante tradición oral y un profuso anecdótico que dan cuenta de episodios escasa o nulamente reconocidos por la historia oficial: *garimpeiros* que volvían de *Cañapirí* y *Zapucay* con pepitas de oro capaces de enriquecer de por vida a decenas de familias, *cocottes* francesas que sacudían la pacatería nativa y socavaban los cimientos de la sacrosanta institución familiar, profesionales y filántropos que renunciaban a una vida de comodidad y prosperidad en Europa para establecerse en un paraje recóndito, inmigrantes que alternaban su trabajo en las rizomáticas galerías de las minas con emprendimientos vitivinícolas o lecheros, empresas mineras que han dejado sus huellas bajo la forma de cianuro en los lechos de las antiguas canteras, y hasta testimonios sobre algún renombrado militar que en una de sus estadias por el poblado dejara embarazada a su hija de 14 años, empleada en la mina y escondida en una estancia de la zona para parir clandestinamente a quien luego se transformara, por inefable unanimidad, en ícono del canto popular rioplatense.

Asimismo, son muy variadas las manifestaciones artísticas, ideacionales y culturales que participan de aquel complejo proceso de construcción identitaria local, resultantes, en alta medida, de la confluencia no siempre armónica de influencias criollas, europeas, afro-descendientes y brasileñas.<sup>2</sup>

Ello es muy significativo, por ejemplo, en el campo de la música popular regional, de enorme riqueza y originalidad, donde se destaca la presencia de algunos músicos de profesión –como don Elidío Loza, hoy jubilado– que animaban con su bandoneón los bailes y milongas de los pueblitos perdidos en las serranías.

Existen por lo menos otros dos elementos, quizás paradójicos, que también contribuyen al carácter singular de Minas de Corrales. Fue allí donde se produjo, en enero de 1880, la primera huelga sindical del país (en rigor, levantamiento obrero bajo la modalidad de huelga-motín) y es en Minas de Corrales donde, un siglo y cuarto después –si es que las cifras que me fueron proporcionadas son correctas–, existe uno de los mayores ingresos *per cápita* a nivel nacional (aunque se trata, naturalmente, de un indicador que corresponde a un ingreso ficticio, irreal).

Es a partir del reconocimiento de todas estas cuestiones que empezamos a percibir cómo y hasta dónde la narrativa oral *corralense* participa protagónicamente (y agonísticamente) en la compleja configuración de la construcción de identidades locales.

<sup>2</sup> No debemos ignorar que a lo largo de toda la historia regional y local, aún desde antes del advenimiento de la República, han sido –y son– mayoritariamente ciudadanos brasileños (o sus descendientes de primera generación) quienes han detentado la mayor porción del capital económico y cultural de la zona.

No nos hemos orientado, entonces, hacia el rescate de la narrativa oral en virtud de sus eventuales cualidades expresivas literarias, ni nos animan afanes coleccionistas, pintoresquistas, folcloristas o meramente conservacionistas.

El rescate de la narrativa oral es, desde nuestra perspectiva, el primer paso hacia el reconocimiento de la existencia de un riquísimo patrimonio cultural intangible, piedra angular de la identidad local.

En concordancia con ello, nos hemos propuesto avanzar según dos líneas de acción: transformar aquel patrimonio intangible en patrimonio tangible, lo cual a su vez dará lugar a posteriores actuaciones que apunten a mantenerlo vivo –e incluso revitalizarlo– en sus contextos originales (de modo de evitar el proceso denominado *folclorización*).

La primera línea de acción –la transformación del patrimonio intangible en patrimonio tangible– exige la puesta en marcha de todos los estudios que permitan, con el recurso a las narrativas orales, contextualizar, identificar, ponderar y evaluar la existencia de bienes patrimoniales intangibles en Minas de Corrales, para luego documentarlos, registrarlos y difundirlos. Estas tareas constituyen, entonces, la condición necesaria para poder garantizar la perpetuación de este valioso tipo de patrimonio. (Pensemos que si Homero no hubiese escrito *La Iliada* unos cuatro siglos después de que acaecieran los hechos históricos, jamás habríamos conocido los tesoros de Micenas ni la épica de los personajes heroicos que participaron en la guerra de Troya).

La segunda línea de acción, apoyada en –y articulada con– la primera, permitirá mantener vivas las expresiones culturales inmateriales mediante el fomento de su revitalización y la transmisión entre generaciones.

En definitiva, ambas líneas de acción son complementarias e indispensables para preservar el patrimonio cultural intangible, reconocer la valía de sus creadores y consolidar los nomádicos procesos de construcción de identidades locales.

En esa doble trayectoria el rescate de la narrativa oral es, insistimos, un primer paso. Por eso hemos querido avanzar hacia una suerte de *arqueología del saber popular* de Minas de Corrales, y para eso nos hemos acercado a la gente lugareña a escuchar sus relatos e historias personales, a auscultar los latidos de esa criatura colectiva que vive en cada *corralense*: la memoria individual como cimiento y cemento de la identidad colectiva local, tal como asoma en los relatos de Don Tito Pereira (el último *garimpeiro*, baquiario de filones de oro escondidos en el cuarzo, obcecado rabdomante del lejano norte), Don Elidio Loza (bandoneonista que hasta hace algunos años animaba con sus hermanos los bailongos y milongas de pueblitos de la zona), Don José Alfredo Oruezábal (descendiente de los primeros inmigrantes), *Juan de los Pájaros* (viejo ermitaño y “pajarófago” de las márgenes del arroyo Cuñapirú) y tantos otros que generosamente nos han ofrecido sus evocaciones entrañables y sus luminosas *saudades*.